

SOBRE EL MÉTODO DE LA METAFÍSICA *

ENRIQUE ALARCÓN

Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra

On the method of Metaphysics

The current crisis of Metaphysics, starting with Kant, has marked social thought under the form of a generalised mentality of distrust of the speculative capacity of human reason these last two centuries. Contemporary society has ended up basing the validity of thought according to the degree of its practical utility. The current prestige of science comes from its technological value and rests on an education that revolves around particular kinds of knowledge with a marked pragmatic approach. The social affirmation of the sciences and of technology as the only forms of knowledge makes a change in social mentality necessary in order to recover Metaphysics. The method of Metaphysics must again establish itself as research into the first evident principles and point out, moreover, the practical and guiding dimension of that research.

La crisis de la metafísica

La Encíclica *Fides et Ratio* llama la atención sobre la crisis contemporánea de la metafísica y la necesidad de su recuperación¹: “Si insisto tanto en el elemento metafísico –escribe Juan Pablo II– es porque estoy convencido de que es el camino obligado para superar la situación de crisis que afecta hoy a grandes sectores de la filosofía y para corregir así algunos comportamientos erróneos difundidos en nuestra sociedad”.

* La clasificación por epígrafes ha sido establecida por el Editor (*N. del E.*).

1. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, n. 83. Cfr. nn. 5-6, 16, 81-83, 106; *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza y Janés, Barcelona 1994, cap. 5, pp. 53-56. Véase también Homilía Dios, “*el que es*” (7.VIII.85), n. 3; JUAN PABLO II y FROSSARD, A., *No tengáis miedo*, Plaza y Janés, Barcelona 1982, pp. 15-16.

Como veremos, los síntomas de la crisis descritos en la *Fides et Ratio* coinciden sustancialmente con los que Hegel apuntaba ya en 1812, al inicio de su *Ciencia de la Lógica*. Esta semejanza en el diagnóstico resulta doblemente significativa.

En primer lugar, indica que la descripción del problema no obedece al contexto doctrinal donde aparece ni a los motivos personales de sus autores, obviamente distintos en Hegel y en Juan Pablo II. El diagnóstico viene dado por la misma realidad.

En segundo término, la coincidencia es relevante porque se produce a dos siglos de distancia. La crisis es prolongada, y aún más que la distancia entre ambos textos. Hegel² se refiere a “la completa transformación que se ha producido entre nosotros en la manera de pensar en filosofía desde hace más o menos veinticinco años”, es decir, desde la aparición de la *Crítica de la razón pura* en 1781. Pero ya Kant, en el proemio de esta obra, describe el generalizado decaimiento de la metafísica³: “Hubo un tiempo en que la metafísica recibía el nombre de reina de todas las ciencias y, si se toma el deseo por la realidad, bien merecía este honroso título, dada la importancia prioritaria de su objeto. La moda actual, por el contrario, consiste en manifestar ante ella todo su desprecio”.

Tan larga crisis no es incidental. Incluso si se debiese a la permanencia de circunstancias extrínsecas a la misma metafísica, es obvio que ésta no ha sido capaz de remontar su declive.

Ciertamente, esta duradera crisis de la metafísica no carece de precedentes, ni de suyo implica que sea definitiva. En la Alta Edad Media europea duró más de siete siglos, y sin embargo acabó en un auge renovado⁴. Ahora bien, la crisis altomedieval fue consecuencia de considerar a la Revelación como alternativa excluyente de la filosofía pagana⁵. La generalizada confusión de paganismo y filosofía era ajena a esta última. Por eso, no afectó al núcleo del saber metafísico, que pudo

2. HEGEL, G. W. F., *Werke, 5: Wissenschaft der Logik, I*, Suhrkamp, Frankfurt am Main 1969, p. 13. Cito la versión de A. y R. Mondolfo, *Ciencia de la Lógica*, Solar, Buenos Aires 1982. Cfr. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza y Janés, Barcelona 1994, cap. 8, p. 68.

3. KANT, I., *Kritik der reinen Vernunft*, A VIII-IX. Cito conforme a la versión de P. Ribas, *Crítica de la razón pura*, Alfaguara, Madrid 1984.

4. Véase KOPERSKA, A., *Die Stellung der religiösen Orden zu den Profanwissenschaften im 12. und 13. Jahrhundert*, St. Paulus-Druckerei, Freiburg (Schweiz) 1914. No es que faltasen obras de gran altura: pienso, por ejemplo, que en la *Sentencias* de San Isidoro de Sevilla está ya contenido el núcleo de lo que será la metafísica tomista. Tales obras son, sin embargo, esfuerzos aislados.

5. Véase YNDURÁIN, D., “Los Padres de la Iglesia”, en *Humanismo y Renacimiento en España*, Cátedra, Madrid 1994, I, 1, pp. 13-56.

al cabo reaparecer intacto, precisamente en el seno del debate teológico⁶.

En la Edad Contemporánea, por el contrario, la crisis es resultado de la misma evolución crítica de la filosofía. Deriva, en primera instancia, de la insuficiencia de las doctrinas en boga a mediados del siglo XVIII para satisfacer a la noción tradicional de metafísica, a saber, para tratar del ente en cuanto ente. En efecto, para Kant⁷, “sigue siendo un escándalo de la filosofía y del entendimiento humano en general el tener que aceptar sólo por *fe* la existencia de las cosas exteriores a nosotros [...] y el no saber contraponer una prueba satisfactoria a quien se le ocurra dudar de tal existencia”.

Si, tras más de dos siglos, la Metafísica no ha salido de la crisis, es obvio que su modo de afrontarla ha sido ineficaz. Con permiso de Lampedusa, algo debería cambiar para que no todo siga igual. Y, si cabe una metafísica como saber estricto, tal cambio no puede producirse en su objeto, sino en su método, pues es éste el que permite a una doctrina gozar del estatuto de saber estricto.

El método debe adaptarse de manera que se enfrente eficazmente a los factores que obstaculizan la recuperación. Y, para ello, conviene identificar dichos factores. En estas páginas pretendo exponer el diagnóstico común a Hegel y Juan Pablo II, y extraer de ahí consecuencias para el método de la metafísica.

Ante todo, la metafísica está en crisis porque la mentalidad *común* desconfía de la capacidad especulativa humana. Para Hegel, el hecho tiene la misma relevancia social que la caída del Antiguo Régimen⁸: “Si es asombroso que, por ejemplo, hayan llegado a ser inservibles para un pueblo su ciencia del derecho, sus principios, sus costumbres morales y virtudes, del mismo modo debe ser no menos asombroso que un pueblo pierda su metafísica [...] Mientras la ciencia y el intelecto humano común trabajaban juntos para realizar la ruina de la metafísica, pareció haberse producido el asombroso espectáculo de *un pueblo culto sin metafísica*—algo así como un templo con múltiples ornamentaciones pero sin sanctasanctorum—”.

También Juan Pablo II subraya la gravedad de la crisis atendiendo a su extensión social⁹: “No se trata ahora sólo de cuestiones que interesan

6. Véase VAN STEENBERGHEN, F., *Introduction à l'étude de la Philosophie Médiévale*, Publications Universitaires-Béatrice-Nauwelaerts, Louvain-Paris 1974, p. 84. Cfr. JUAN PABLO II, Homilía *La resurrección de los cuerpos según las palabras de Jesús a los saduceos* (18.XI.81), n. 6; Homilía *El diálogo de Cristo con los fariseos* (12.IX.79), n. 5; Homilía *Inocencia original y pecado* (19. IX.79), nota 2; Homilía *El estado de inocencia original* (13.II.80), n. 1.

7. KANT, I., op. cit., B XXXIX, nota, p. 32.

8. HEGEL, G. W. F., op. cit., p. 13-14. Trad. cit., pp. 35-36.

9. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, cap. 5, n. 55.

a personas o grupos concretos, sino de convicciones tan difundidas en el ambiente que llegan a ser en cierto modo mentalidad común”.

La relevancia de este hecho estriba en las condiciones de la sociedad contemporánea. De suyo, la certeza racional descansa sobre la evidencia. Sin embargo, la amplitud y complejidad de los problemas, y la limitación de nuestras capacidades, hacen inasequible una evidencia universal, obligando a acudir a otro género de garantías. Como Tocqueville apuntó¹⁰, la principal fuente de creencias en el Antiguo Régimen era la autoridad¹¹. En la cultura democrática, esta garantía de las convicciones viene dada por la opinión de la mayoría.

Por más que se preconice el libre examen individual, las exigencias de demostración en el hombre común tienen algo de presuntuoso. Es más que cuestionable que se entienda mejor la mecánica cuántica que la doctrina hilemórfica. Sin embargo, lo primero está socialmente admitido como una doctrina científica, mientras que lo segundo no. El grado de comprensión que se exige para admitir la doctrina cuántica es mínimo porque su validez científica está comúnmente asumida. En cambio, resulta difícil imaginar siquiera qué grado de rigor habría que desarrollar para dar por demostrada la realidad de materia y forma, por más que las nociones corrientes de *material* y *transformación* las presupongan. La crisis de la metafísica es, ante todo, una crisis de índole social, que como tal obedece a razones ajenas a las exigencias propias del saber científico.

Una prueba al efecto son los motivos que un hombre cultivado daría para justificar por qué la metafísica no es un saber estricto. Probablemente, diría que así quedó demostrado por Kant. La respuesta se apoya casi siempre en el desconocimiento mismo de la doctrina kantiana, pues ¿cuántos conocen o admitirían sus tesis? De hecho, ocurre que esa crítica se asume porque la mayoría de quienes alguna vez han oído hablar del tema han recibido, como tesis común, esa explicación histórica –no sistemática– que se perpetúa por repetición. No hay diferencia con lo que vulgarmente se critica a la escolástica anterior: sólo han cambiado los personajes. Por eso, Hegel, en el diagnóstico que comentamos, subraya el carácter divulgador –*exotérico*– de la influencia kantiana¹²: “La doctrina exotérica de la filosofía kantiana –es decir, que *el*

10. TOCQUEVILLE, A. DE, *De la démocratie en Amérique*, II, 1, cap. 2.

11. Esto es particularmente verdadero en la Edad Media: véase, por ejemplo, CHENU, M.-D., “Authentica’ et ‘magistralia’, deux lieux théologiques aux XIIe-XIIIe siècles”, en *Divus Thomas* (Piacenza) 28 (1925) pp. 257-285. El nacimiento de la Edad Moderna coincide con un cambio de mentalidad a este respecto: cfr. SUÁREZ, F., *Disputationes metaphysicae*, d. 9, sect. 2, donde el origen de errores en que más se insiste es justamente el recurso a autoridades equivocadas. El *Discurso del método* supone y desarrolla la doctrina que Suárez expone en esta sección.

12. HEGEL, G. W. F., loc. cit., p. 13.

intelecto no debe ir más allá de la experiencia, porque de otra manera la capacidad de conocer se convierte en *razón teórica* que por sí misma sólo crea *telarañas cerebrales*— justificó, desde el punto de vista científico, la renuncia al pensamiento especulativo”.

Una referencia semejante al carácter acrítico de la mentalidad social se encuentra también en la *Fides et Ratio*¹³: “En algunas teologías contemporáneas se abre camino nuevamente un cierto *racionalismo*, sobre todo cuando se toman como norma para la investigación filosófica afirmaciones consideradas filosóficamente fundadas. Esto sucede principalmente cuando el teólogo, por falta de competencia filosófica, se deja condicionar de forma acrítica por afirmaciones que han entrado ya en el lenguaje y en la cultura corriente, pero que no tienen suficiente base racional”.

La salida a la crisis de la metafísica no se cumplirá con un cambio en las doctrinas de los entendidos —al menos, no directamente—, sino con un cambio en la mentalidad social. Y, por eso, la metafísica debería enfocar sus contenidos del modo más propio para recuperar la confianza general: como Platón señaló en su Carta VII, es condición necesaria en la comunicación del saber esta confianza del interlocutor¹⁴.

El enfoque social del saber

Los temas de la filosofía primera pueden abordarse desde múltiples perspectivas: a lo largo de su *Metafísica*, Aristóteles propuso cuatro temas diferentes como su objeto propio. Como expone Santo Tomás de Aquino¹⁵, esta diversidad no es incoherente, pues los cuatro están orgánicamente relacionados. Lo que varía es la perspectiva. Pues bien, si caben diversas perspectivas para enfocar la metafísica, aquella que parece convenir a la situación actual es la que mejor pueda ser aprehendida como un saber estricto por la mayoría social. Sus contenidos deben ser, a la vez, evidentes y comúnmente poseídos. Y tal es el caso del principio de contradicción, como escribe el mismo Aristóteles¹⁶: “Es natural que el que más sabe acerca de los entes en cuanto entes pueda enunciar los más firmes principios de todas las cosas. Y éste es el filósofo. Y el principio más firme de todos es aquel acerca del cual es imposible enga-

13. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, n. 55.

14. PLATONIS, *Epistulae*, Ed. J. Moore-Blunt, Teubner, Leipzig 1985, Epistula 7, 341 C 21-22.

15. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Metaph.*, proemio.

16. ARISTÓTELES, *Metaphysica* IV, 3, 1005 b 8-22. Cito conforme a la versión de V. García Yebra, Gredos, Madrid 1982.

ñarse; es necesario, en efecto, que tal principio sea el mejor conocido (pues el error se produce siempre en las cosas que no se conocen) y no hipotético. Pues aquel principio que necesariamente ha de poseer el que quiera entender cualquiera de los entes no es una hipótesis, sino algo que necesariamente ha de conocer el que quiera conocer cualquier cosa, y cuya posesión es previa a todo conocimiento. Así pues, tal principio es evidentemente el más firme de todos. Cuál sea éste, vamos a decirlo ahora. Es imposible, en efecto, que un mismo atributo se dé y no se dé simultáneamente en el mismo sujeto y en un mismo sentido”.

La diferencia respecto al planteamiento estándar no es grande, pues, como deja ver el texto de Aristóteles, los primeros principios son aquellos que tratan precisamente del ente en cuanto ente. Si la metafísica se enfoca como un estudio del principio de contradicción, imprescindible para la fundamentación de todas las ciencias y de toda actuación racional, es obvio para cualquiera advertir la firmeza y necesidad de su objeto. Significativamente, la *Fides et Ratio* subraya este género de contenidos como muestra de la perenne validez del pensamiento especulativo¹⁷: “Existe un conjunto de conocimientos en los cuales es posible reconocer una especie de patrimonio espiritual de la humanidad. Es como si nos encontrásemos ante una *filosofía implícita* por la cual cada uno cree conocer estos principios, aunque de forma genérica y no refleja. Estos conocimientos, precisamente porque son compartidos en cierto modo por todos, deberían ser como un punto de referencia para las diversas escuelas filosóficas. Cuando la razón logra intuir y formular los principios primeros y universales del ser y sacar correctamente de ellos conclusiones coherentes de orden lógico y deontológico, entonces puede considerarse una razón recta o, como la llamaban los antiguos, *orthós logos, recta ratio*”.

Por otra parte, la aclaración del primer principio racional no trivializa los contenidos de la metafísica, porque de ahí derivan sus temas¹⁸. De hecho, el discípulo y sucesor de Aristóteles, Teofrasto, describe una metodología semejante¹⁹.

Atendiendo a la índole social de la crisis de la metafísica, conviene reflexionar en los motivos por los que fue conveniente la Revelación sobrenatural también respecto a aquellas verdades naturalmente accesibles a la razón humana. Estos motivos afectan, precisamente, a la difi-

17. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, n. 4.

18. Véase ALARCÓN, E., “Naturaleza, espíritu, finalidad. Implicaciones del principio de no contradicción en Aristóteles”, en *Anuario Filosófico* 33 (1990) pp. 125-131; íd., “El principio de contradicción y la estructura del ente en Aristóteles”, que aparecerá en *Acta Philosophica* 2 (1999); íd., “Presente y acción en Aristóteles”, de próxima publicación en *Tópicos*.

19. Cfr. TEOFRASTO, *Metaphysica*, III, § 11-12. Trad. española: *Algunas cuestiones de Metafísica*. Ed. Bilingüe de M. Candel, Anthropos, Barcelona 1991, pp. 12-16.

cultad de la mayoría para acceder a ellos, y a la facilidad con que también los entendidos pueden errar al respecto²⁰. La descristianización de la sociedad ha debilitado el apoyo indirecto que la teología natural recibía de la fe, y hace aún más preciso tener presentes dichos motivos. Si la metafísica se define en primera instancia como una investigación sobre el espíritu y Dios, la mayoría, y aun muchos especialistas, difícilmente podrán adquirir una certeza tan sólida como para modificar la prolongada inercia que la hace desconfiar de esos mismos planteamientos. Hegel subraya este aspecto con tono dramático²¹: “¿Dónde se oyen o pueden oírse todavía las voces de la antigua ontología, de la psicología racional, de la cosmología e incluso de la antigua teología natural? ¿Dónde encontrarían todavía interés, por ejemplo, indagaciones sobre la inmaterialidad del alma, sobre las causas mecánicas y finales? Asimismo las pruebas de antaño a favor de la existencia de Dios sólo se citan ahora por su interés histórico o para edificación y elevación del espíritu. Esto demuestra que se ha perdido el interés ya por el contenido, ya por la forma de la metafísica anterior, o por ambos”.

La desconfianza en la metafísica está relacionada, en efecto, con sus temas avanzados, porque son ellos los que configuran su imagen social. A mi juicio, en esto se diferencia la crisis de la metafísica de otra crisis, paralela y semejante, que afecta a las ciencias particulares. Desde hace unos veinticinco años, buena parte de la teoría de la ciencia pone en duda la índole real de sus resultados. Así, para Popper, éstos nunca pueden calificarse estrictamente de verdaderos, sino de aún no refutados²². Kuhn, por añadir otro ejemplo, defiende que las conclusiones de la ciencia son intrínsecamente dependientes de paradigmas efímeros²³. En este sentido, la teoría de la ciencia camina por etapas semejantes a las que, hace dos siglos, abrieron la crisis de la metafísica: el saber humano es un constructo artificial, no una descripción estricta de la realidad. Los porqués se hacen, no se descubren. No son previos a la ciencia, sino sus efectos.

Pese a la amplitud de estas convicciones entre los especialistas, en la mentalidad social se mantiene la postura opuesta. A mi juicio, esta diferencia viene dada, en buena parte, por la diversidad de los paradigmas asumidos en uno y otro caso.

20. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 36-38; JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, op. cit., cap. 6, pp. 57-58. Véase también su Homilía *Conocimiento racional de Dios* (20.III.85).

21. HEGEL, G. W. F., loc. cit., p. 13.

22. Cfr. POPPER, K. R., *The Logic of Scientific Discovery*, Hutchinson & Co., London 1959.

23. Cfr. KUHN, Th. S., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago University Press, Chicago 1962.

Entre los especialistas, tanto la metafísica como las ciencias particulares vienen juzgadas, no por sus resultados ciertos, sino por los que podrían resultar más cuestionables: sólo así se puede negar el carácter estricto de los saberes alcanzados. Si por paradigma de la ciencia se toma la mecánica cuántica, es fácil concluir que se reduce a un conjunto de tentativas de alcance cuestionable. En cambio, sería difícil dudar, por ejemplo, de que la Luna gira en torno a la Tierra²⁴.

Este modo de juzgar es consciente de que una ciencia, para serlo, requiere certeza; mas, a la hora de exigir tal certeza, no se aplica a los logros que mejor sirven de ejemplo, sino precisamente a aquellos donde las exigencias de la ciencia parecen más difíciles de alcanzar. Si la ciencia, para serlo, requiriese haber dado razón de todo, sería lógico juzgarla así. Mas nadie tiene tal pretensión. Para que haya ciencia estricta basta tenerla de algo. Paradójicamente, quienes más debieran ser conscientes de ello son aquellos que parecen olvidarlo.

En la mentalidad común ocurre de otro modo. La consideración social de la ciencia se toma de sus conclusiones más ciertas, sin negar que sus estudios más avanzados sean aún tentativos. Ocurre al revés que con la metafísica: la opinión general al respecto no proviene de sus logros básicos e indudables, sino de los avanzados y difíciles, como la existencia de Dios. La incoherencia salta a la vista.

Tal incongruencia se explica atendiendo a aquellos ámbitos donde el hombre corriente entra en contacto con la ciencia. Esos ámbitos son la técnica y la educación, que actualmente se alimentan de una raíz común: la utilidad.

Técnica, educación y ciencia

Que la técnica sea un punto de encuentro generalizado con la ciencia es fácil de advertir. Pocos leen tratados o artículos especializados, pero haría falta un largo viaje para encontrar hombres que no se sirvan de sus resultados prácticos. Esta fácil y permanente comprobación de la adecuación entre ciencia y realidad ratifica a cada momento la confianza en los saberes particulares.

En efecto: las ciencias pretenden alcanzar la índole de la realidad y dotar de sentido: cuando no, la renuncia es sólo resignada. Y, a su vez, en ninguna ocasión se toman más en serio realidad y sentido que cuando se trata de actuar. Algunos, por ejemplo, pensarán que se puede en-

24. Véase el testimonio sobre Popper de ARTIGAS, M., *Lógica y ética en Karl Popper*, EUNSA, Pamplona 1998, pp. 9-10.

tender una contradicción. Pero si esa misma contradicción se plantea como mandato, nadie dudará en preguntar *qué* se quiere decir, precisamente porque se sabe que la contradicción es ininteligible.

La práctica es realista o no existe, porque queda perpleja. Por eso, un especialista quizá dude de la fundamentación de la geometría, pero no sentirá el menor escrúpulo a la hora de elegir carretera; y tanto menos cuanto mayor resulte la necesidad de hacerlo. Esto le ocurre al especialista, no por serlo, sino por ser humano. Para el hombre común, el movimiento se demuestra andando. La estabilidad del puente le da mayor confianza en la exactitud del cálculo de estructuras que no el estudio de dicho cálculo. El prestigio de la ciencia ha crecido al paso de la tecnología. Los atenienses se reían de los geómetras, pero los romanos lamentaron la muerte del mismo Arquímedes que quemó sus naves.

Así pues, la valoración de la utilidad práctica y su inherente realismo coadyuvan a una confianza en los saberes particulares que no se encuentra tan fácilmente entre los teóricos de la ciencia. Como la metafísica trata de lo necesario e inmutable, carece, en principio, de este refrendo. El mismo éxito de la tecnología lleva indirectamente a la minusvaloración de la filosofía, como señala Juan Pablo II²⁵: “En la cultura moderna ha cambiado el papel mismo de la filosofía. De sabiduría y saber universal, se ha ido reduciendo progresivamente a una de tantas parcelas del saber humano; más aún, en algunos aspectos se la ha limitado a un papel del todo marginal. Mientras, otras formas de racionalidad se han ido afirmando cada vez con mayor relieve, destacando el carácter marginal del saber filosófico. Estas formas de racionalidad, en vez de tender a la contemplación de la verdad y a la búsqueda del fin último y del sentido de la vida, están orientadas —o, al menos, pueden orientarse— como ‘razón instrumental’ al servicio de fines utilitaristas, de placer o de poder.”

La técnica otorga confianza en el realismo de la ciencia. Pero, además, como dije antes, a esa confianza contribuye la imagen común de las ciencias, que se diferencia de la de la metafísica en que atiende a sus resultados más básicos e indudables. Esta imagen proviene del segundo ámbito de contacto que el hombre común tiene con las ciencias: la educación.

La mayoría de los tratados científicos se leen durante el periodo de formación. Por su propia índole, los contenidos son básicos y relativamente accesibles. Incluso si los alumnos no llegan a entender qué son las integrales, al menos sabrán que con ellas pueden construirse puentes. Este criterio de contraste impide una duda seria sobre el realismo

25. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, n. 47.

de, por ejemplo, la doctrina matemática sobre el límite: si se entiende poco, precisamente por eso; y si se entiende bien, porque se advierte su utilidad.

El enfoque pragmático de la educación no es irrelevante para la consideración social de la filosofía. La práctica, decía antes, es realista o no existe, porque queda perpleja. Si los planteamientos filosóficos cuestionan los fundamentos de esa misma práctica, acabarán siendo considerados, no sólo como inútiles, sino como perjudiciales para la preparación profesional. Y, así como Juan Pablo II señala el pragmatismo tecnológico como factor de marginación de la filosofía, Hegel apuntó a la influencia análoga de ese mismo pragmatismo en la educación²⁶: “En apoyo de esta doctrina popular [kantiana] acudió el clamor de la pedagogía moderna, que toma en cuenta sólo las exigencias de nuestra época y las necesidades inmediatas, afirmando que, tal como para el conocimiento lo primordial es la experiencia, así para la idoneidad en la vida pública y privada las especulaciones teóricas son más bien perjudiciales; y que lo único que se requiere es la ejercitación y la educación prácticas, que son lo sustancial”.

Más arriba señalé la conveniencia de que el método de la metafísica se plantee como una investigación de los primeros principios, justamente porque éstos son los más claros e indudables. Así se contribuirá a cambiar la consideración general de esta disciplina, y tanto más si una nueva orientación llega a la educación básica. Pero, además, es conveniente hacer hincapié en su dimensión práctica, orientadora, y en la doble influencia de esta investigación sobre la ciencia y la tecnología. La Encíclica *Fides et Ratio* lo expone con tanta claridad como concisión²⁷: “Para estar en consonancia con la palabra de Dios es necesario, ante todo, que la filosofía encuentre de nuevo su *dimensión sapiencial* de búsqueda del sentido último y global de la vida. Esta primera exigencia, pensándolo bien, es para la filosofía un estímulo utilísimo para adecuarse a su misma naturaleza. En efecto, haciéndolo así, la filosofía no sólo será la instancia crítica decisiva que señala a las diversas ramas del saber científico su fundamento y su límite, sino que se pondrá también como última instancia de unificación del saber y del obrar humano, impulsándolos a avanzar hacia un objetivo y un sentido definitivos. Esta dimensión sapiencial se hace hoy más indispensable en la medida en que el crecimiento inmenso del poder técnico de la humanidad re-

26. HEGEL, G. W. F., loc. cit., pp. 13-14.

27. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, n. 81. Cfr. ibíd., nn. 47, 85, 102; *Redemptor hominis*, n. 19; *Dives in misericordia*, nn. 10-11, 15; *Centesimus annus*, nn. 36, 46, 51, 54; *Sollicitudo rei socialis*, n. 28; *Libertad y liberación*, nn. 12, 15; *Cruzando el umbral de la esperanza*, op. cit., cap. 4, pp. 51-52; cap. 9, p. 72.

quiere una conciencia renovada y aguda de los valores últimos. Si a estos medios técnicos les faltara la ordenación hacia un fin no meramente utilitarista, pronto podrían revelarse inhumanos, e incluso transformarse en potenciales destructores del género humano”.

No cabe, en efecto, ejercer radicalmente la libertad, orientar la propia vida, sin conocer un porqué y un para qué últimos. Y, siendo últimos, sólo pueden ser necesarios, pues de otro modo estarían sujetos a ulteriores condiciones. Por eso los primeros principios son la última instancia donde se apoya toda ciencia particular y toda actuación racional.

La metafísica, en suma, debe partir de los primeros principios como porqué último de todo saber racional y, a partir de ellos, indagar el mayor bien humano. Pienso que este encaminamiento responde a los factores que dificultan a la metafísica salir de su crisis contemporánea.